

Oleaje de verano

Promociones, atracciones y diversiones en Villa Gesell y en los balnearios del Partido de la Costa

Noticiero

En inglés por el Delta

Una sugerencia original para el próximo 23 de febrero: Un mini crucero por el Delta a bordo del lanchón isleño "Doña Julia", reacondicionado con todo el confort de un buen barco. Durante la travesía, los pasajeros podrán practicar inglés con profesoras de amplia experiencia y con la tripulación de habla inglesa, discutiendo temas de actualidad, jugando y trabajando con canciones. El precio es de $ 40 e incluye aperitivo, almuerzo y merienda. El barco zarpa a las 10.30 del muelle del Club San Fernando (Sarmiento y Escalada, frente a la estación San Fernando del Tren de la Costa). El regreso es a las 19. Informes y reservas: 4327-0885 / 4326-6638 / 15 5002 1071.

Carrera en Mar del Plata

El domingo 24 de este mes se realizará en la ciudad de Mar del Plata la 1ª Carrera Eco Aventuras de Sierras y Laguna de los Padres. El recorrido, cuyo punto de largada será en el acceso al Museo José Hernández, tendrá una extensión de 20 kilómetros a lo largo de uno de los paisajes más atractivos de los alrededores marplatenses. Podrán participar equipos de dos integrantes en tres categorías: caballeros, mixtos y damas, y en tres modalidades: carrera, trekking o caminata. Además de medallas para todos los participantes, los premios incluyen sorteos de estadías en distintos lugares del país e indumentarias deportivas. Inscripción e informes: (0223) 491-8677 o (0223) 155-217602. Vía E-mail a consultas@pampas-ports.com.ar En Internet http://www.pampas-ports.com.ar/



Vacaciones para toda la familia en las playas más próximas a la Capital.

COSTA ATLANTICA | *Entre San Clemente, San Bernardo y Mar de Ajó*

Vacaciones sobre las olas

El Partido de la Costa y sus balnearios ofrecen un sinfín de actividades y propuestas a la hora de elegir un destino para pasar un fin de semana a puro mar, con toda la familia. Desde espectáculos marinos para los más chicos hasta playas con movida para los adolescentes y, por supuesto, servicios y hotelería para todos los presupuestos.

POR GRACIELA CUTULI

Este verano, la tendencia al turismo gasolero se generalizó. Para quienes quieren conocer al máximo el Partido de la Costa, moviéndose mucho y conociendo lo más posible, pero gastando lo justo necesario, preparamos esta pequeña recopilación de lo mejor de cada balneario. Como para no perderse nada, y acertar en la respectiva búsqueda de tranquilidad, movida o sólo naturaleza.

La visita puede empezar por lo más cercano a Buenos Aires, en un lugar que encantará a chicos y grandes. En San Clemente del Tuyú, el balneario más pegado a la zona metropolitana, se encuentra el complejo de espectáculos marinos más importante del continente: Mundo Marino, junto con el parque ecológico Bahía Aventura.

El balneario de San Clemente fue fundado en 1935 alrededor de un primitivo camping del Touring Club y luego del ACA, sobre tierras loteadas de una estancia que cubría toda la zona y pertenecía a la familia del Premio Nobel Luis Federico Leloir. Es un balneario familiar por excelencia, de precios accesibles y mucha diversión gracias a sus atractivos y sus dos parques de ecoatracciones.

Mundo Marino se encuentra a orillas del arroyo San Clemente, cerca del muelle municipal donde pequeñas barcas mantienen una actividad de pesca comercial en la Bahía de Samborombón. En los alrededores del estacionamiento del Parque hay negocios donde se puede comprar pescados y productos derivados de la pesca. Mundo Marino, creado en 1962, es a la vez un parque de diversión con espectáculos de orcas y delfines y un centro científico, donde los visitantes pueden entrar en contacto con la fauna marina de las costas argentinas. Su Fundación también lleva a cabo tareas ecológicas, entre ellas, la recuperación de pingüinos y mamíferos marinos para devolverlos a su hábitat. Desde el propio muelle de Mundo Marino se pueden hacer excursiones por el laberinto de aguas, tierras y juncales de toda la zona en aerolanchas.

La visita se puede complementar con otra a Bahía Aventura, un centro de interpretación ambiental organizado alrededor del Faro San Antonio. El faro fue construido en 1890 y se le agregó últimamente un elevador panorámico para aprovechar mejor las vistas que ofrece desde sus 60 metros de altura sobre toda la Punta Rasa y esta porción de la Bahía de Samborombón. Las zonas pantanosas de esta porción de la costa, donde termina el Río de la Plata y empieza el océano, están en parte protegidas por una reserva donde sobreviven ejemplares del venado de las pampas, un cérvido que está al borde de la extinción. En Punta Rasa se pueden observar también chorlos migratorios.

Antes de dejar San Clemente, se puede pasar por la Tapera de López, entre Bahía Aventura y Mundo Marino, donde funciona un club de pesca y náutica, y el Vivero Cosme Argerich, una reserva ornitológica y forestal en el medio del balneario, además del Museo Regional de Historia y Ciencias Naturales.

ARENAS EN FAMILIA. El primer balneario al sur de San Clemente es Las Toninas, también creado a raíz de un loteo de la estancia de la familia Leloir. Es un balneario reciente, que se desarrolló realmente a partir de los años '60 y conservó una atmósfera muy tranquila, con casas bajas. Su centro gira en torno de la plaza Malvinas Argentinas, donde un monumento recuerda la guerra del '82, y donde hay un anfiteatro para espectáculos al aire libre. A ocho kilómetros al norte del centro, desde la playa misma, se puede ver durante la marea baja los restos de un buque inglés, el "Her Royal Highness", que naufragó en 1883 en su viaje de Montevideo a Valparaíso y El Callao. La otra atracción principal de Las Toninas es un laberinto vegetal sobre una duna en el centro del balneario, coronada por un mangrullo. Pegado a Las Toninas, Costa Chica es como un barrio, con calles de trazado irregular que corren sobre el relieve de las dunas y le dan su principal encanto. Santa Teresita es el verdadero centro de esta porción de la costa argentina. Es también la capital deportiva de la región, con un autódromo y una cancha de golf. Este balneario nació en 1945, cuando los promotores lotearon unos 500 hectáreas de dunas de la estancia San Bernardo. En su emplazamiento había, a principios del siglo XX, una pulpería de campo, el Jagüel del Medio, que se ubicaba entre las estancias San Bernardo y del Tuyú (de la familia Leloir), y que está actualmente en el campo de golf. El nombre del balneario, Santa Teresita del Niño Jesús, le fue dado en honor a la esposa del propietario de la estancia San Bernardo, Teresa Lacroze. Además de sus playas y de los tradicionales paseos en sus calles céntricas y sobre la pasarela de madera que corre paralela a la playa en la zona más céntrica del balneario, hay que ver la réplica de la carabela de Colón, la "Santa María". Esta nave de madera fue construida a escala real y alberga servicios de la Secretaría de Cultura y la Oficina de Turismo del Partido de la Costa.

Mar del Tuyú forma una sola aglomeración urbana con Santa Teresita, y es la cabecera del partido. Nació en 1942, también por medio de un loteo de un porción de la estancia San Bernardo. Los servicios municipales se encuentran en el edi-



En San Clemente, las orcas, delfines y turistas se divierten en Mundo Marino.

Partido de la Costa. Un joven municipio para un rosario de antiguos y nuevos balnearios.

ficio del ex Gran Hotel Tuyú, levantado a fines de la década del 40 para promover el turismo en la zona. Además de su concurrido muelle de pesca, se puede mencionar el museo René Mermier, un cambalache de objetos de fin de siglo XIX que había amontonado un viajero y bohemio de la región.

ARBOLES Y MAR. Separado del centro de Mar del Tuyú por dunas, Costa del Este es un diminuto balneario refugiado entre grandes arboledas, y es un poco el Pinamar del Partido de la Costa. Tiene, además, un club hípico donde se pueden alquilar caballos para paseos.

Antes de llegar a La Lucila, Aguas Verdes es apenas un pueblito con casas dispersas y pocos negocios al borde del mar. Sus principales atractivos son una capilla construida con madera y materiales y un centro recreativo, Costa Silvestre, con 50 hectáreas (tiene una granja educativa y un lago artificial). También, desde la playa, se ven los restos de un naufragio, y al sur del balneario el edificio que se conoce como el Castillo Duhau, la residencia de verano de la familia Duhau, de estilo normando.

La Lucila del Mar nació en 1954. Es todavía un tranquilo pueblo con poca actividad y balnearios familiares. Su costanera, bordeada por tamariscos, es el principal encanto que sus visitantes eligen por la discreción y tranquilidad que lo caracteriza.

Costa Azul, por su parte, es como una zona de conjunción entre La Lucila y San Bernardo, la localidad que concentra realmente a los jóvenes y el balneario con más movida antes de llegar a los del Partido de Pinamar. Su nombre se debe a la Estancia San Bernardo, a cual pertenecían los terrenos donde fue levantado en 1942, después de un loteo, como las demás localidades costeras.

Tiene mayor cantidad de hoteles y restaurantes que otras playas vecinas, y como alternativa para los días en que el sol se niega se puede mencionar el observatorio astronómico, que merece una visita. A una cuadra se encuentra el Museo de San Bernardo, y frente a la Avenida Rivadavia, en el agua, los restos de un barco pirata que encalló en esta costa en 1784, cuando el Mar Argentino era la ruta obligada para todo el tráfico marítimo entre el Atlántico y el Pacífico por el Estrecho de Magallanes o el Cabo de Hornos. Mar de Ajó, pegado a San Bernardo, es el balneario más antiguo del partido, fundado en 1934 sobre tierras rematadas de la estancia El Centinela, de la familia Cobo. Su historia parece marcada por los naufragios: en 1880, el del paquebote alemán "Margherita", le dio su primer nombre, La Margarita. Se cuenta que el barco llevaba grandes provisiones de vino que fue enterrado en las dunas y olvidado... hasta que un día, unos obreros lo encontraron de casualidad al hacer una obra, que naturalmente regaron en abundancia. Otro naufragio se produjo en 1936, esta vez el del buque argentino "El Vencedor". Ambos casos tienen su recuerdo en el complejo Las Margaritas, donde un mural relata el fin del "Margherita", mientras que "El Vencedor" es homenajeado por sus palos, anclas y cadenas expuestos en el mismo lugar. Para saber más sobre los barcos hundidos en la región, la Hostería Mar de Ajó tiene una interesante colección de fotos antiguas, además de ser un hotel pionero en la región.

El último balneario del partido, pegado al sur de Mar de Ajó es Nueva Atlantis, un pueblito de carácter muy agreste, ya cerca de Punta Médanos, famosa por su faro perdido entre las dunas y las arenas.

Pesca nocturna en el muelle de Lucila del Mar.

DATOS UTILES

Más sobre el Partido de la Costa

- En San Clemente del Tuyú
Oficina de Turismo: en calles 2 y 63. Tel.: 02252-430718. Mundo Marino: Tel.: 02252-430300. En Buenos Aires, 4325-2900. En febrero, está abierto todos los días de 10 a 20.
- En Las Toninas
Oficina de Turismo: sobre calles 21 y 26, 02246-431504.
- En Santa Teresita
Oficina de Turismo: calles 42 y 3, 02246-422468.
- En Mar del Tuyú
Secretaría de Turismo: Av. Costanera, 8001, 02246-434387.
- En San Bernardo
Información turística: avenida San Bernardo y Calle 19, 02257-463027.
- En Mar de Ajó
Información turística: Av. del Libertador y Manuel Rico. 02257-420139.

COSTA ATLANTICA II *Dunas, amplias playas, bosque*

Verano en Villa Gesell


Vacaciones frente al mar. El mejor antídoto para el estrés.

Sin duda, es el balneario prefe... Sin olvidarse de ellos, Villa Ge... renovada oferta hotelera y una... para alargar la estadía de todo... Entre el día en la playa y la ag... diversas actividades: excursio... clases de surf, pesca deportiv... divertirse en la arena o en el r...


Interior del Faro Querandí. Una espiral de 276

POR JULIAN VARSAVSKY

Aunque sus amplísimas playas y su agitada vida nocturna atraen cada vez más a jóvenes entre 17 y 25 años que veranean solos, Villa Gesell sigue convocando a todo tipo de turistas. Para ello cuenta con una infraestructura hotelera que abarca desde campings muy bien equipados hasta lujosos resorts 4 estrellas, incluyendo cabañas de troncos en medio del bosque en la vecina Mar de las Pampas.

Si bien las playas centrales de la Villa están abarrotadas de gente durante toda la temporada, una caminata de dos kilómetros hacia el norte o el sur garantiza al visitante playas kilométricas totalmente agrestes, con muy pocos turistas a la vista, a las que también se puede llegar en bicicleta, en cuatriciclo, o en alguna excursión cómodamente sentados en un vehículo. En este caso, la preferida por la mayoría de los veraneantes es la que recorre el bosque y las dunas hasta el Faro Querandí.

VAMOS AL FARO El paseo comienza a las 9.30 de la mañana en un camión "unimog" sin techo que permite un contacto directo con la naturaleza. En primer lugar nos internamos en el bosque de pinos que esconde bajo su sombra las casas de madera de las pequeñas localidades de Mar de las Pampas y Mar Azul. Luego salimos directamente a la arena de la playa, y el chofer detiene la marcha para colocar la doble tracción. Estamos listos para internarnos en las dunas de la Reserva Natural Dunícola Faro Querandí, donde revolotea una infinidad de gaviotas. La primera parada es para recoger caracoles sobre la arena, a corta distancia de los ostreros, que se dedican a picotear la arena allí donde se desvanecen las olas. Más tarde nos detenemos para subir a lo alto de un médano de 20 metros y lanzarnos sobre una tabla de sandboard a toda velocidad. Los más osados se tiran de pie y el resto lo hace en forma de "culo-patín", alcanzando vertiginosas velocidades. Finalmente llegamos al Faro Querandí, ubicado 30 kilómetros al sur de Villa Gesell. Construido en 1922, tiene 276 escalones en forma de caracol, y desde lo alto la mirada abarca las 5750 hectáreas de la reserva natural, con sus dunas formando un verdadero desierto con pequeñas lagunas de agua dulce. Quien pretenda darse un baño en el mar deberá cruzar unos médanos y estará en medio de una playa muy amplia casi desierta. La excursión dura 4 horas y cuesta 10 pesos. Pagando un plus de $ 5, es posible quedarse en la playa hasta las 18.30, hora en que vuelve el camión. En este caso conviene llevar comida y bebida, ya que la infraestructura es nula (en el faro sólo se accede a baños limpios).

SURF EN VILLA GESELL Las vacaciones son el momento ideal para nuevas experiencias y muchos son los que se aventuran a subirse a la cresta de una ola en una tabla de surf. Pero la actividad no resulta nada sencilla, y los primeros intentos culminan irremediablemente en una aparatosa caída en el centro mismo de un estruendoso remolino de espumas. Sin embargo, todo se simplifica haciendo un curso de 4 clases que ofrece la escuela de surf Capitán David. En primer lugar hay una clase teórica donde uno se entera que las olas se forman en una lejana tormenta y viajan incontables kilómetros hasta toparse con un banco de arena y romperse. En general hay un instructor por alumno, y cada clase dura una hora. El curso completo cuesta $ 50 e incluye el uso de una tabla californiana y equipos de neoprén. El rango de edad de los alumnos que han hecho el curso va desde un niño de 3 años hasta un adulto de 65 años. Villa Gesell es generosa en olas todos los días del año, así que para lanzarse a este deporte sólo hace falta decisión y ganas disfrutar la emoción de la velocidad subidos a la cresta de una ola.

PESCA Y BUENA COMIDA Villa Gesell dispone de un antiguo Club de Pesca y Caza alrededor del cual gira una intensa actividad de pesca deportiva. En el club se da cita un hospitalario grupo de pescadores apasionados, verdaderos eruditos en el tema. En el cruce del paseo 128 y Costanera está el muelle del club de pescadores (enfrente está el club y su restaurante). La entrada al muelle cuesta $ 2, y está garantizada una buena pesca de corvinas, brótolas, bagres de mar, rayas y burriquetas. Allí se puede alquilar un medio mundo ($ 3) y en las casas de pesca se alquilan equipos de caña. Otra opción es la pesca en la costa, sobre la arena, que permite un mayor contacto con el medio ambiente en las zonas alejadas. Lo ideal es tener una camioneta 4x4 para internarse en las playas agrestes, pero de todas formas una caminata de una hora desde el centro es suficiente para llegar a los lugares más vírgenes, donde se puede pescar en absoluta tranquilidad. Allí el pique es excelente porque a metros de la costa hay unas profundas canaletas por donde circulan numerosos peces. La pesca sobre la costa también se practica de noche, aprovechando los sectores de playa que están perfectamente iluminados con potentes focos de luz (Costanera y Paseo 112).

Para los pescadores más sofisticados está la pesca embarcada. Una salida de 2 horas cuesta $ 35 por persona (incluye caña y carnada) y lo normal es sacar unas 20 corvinas en ese tiempo. Y con un poco de suerte, el pique puede reservar la sorpresa de un tiburón de 90 kilos que ofrecerá una resistencia atroz antes de entregarse.

El Club de Pesca y Caza tiene un restaurante ubicado junto a la sede (frente al muelle), que es uno de los más concurridos de la ciudad. La razón es que la pesca de los integrantes del club llega directamente del mar a la cocina del restaurante. Una de las especialidades de la casa es la corvina, que se sirve con manteca negra (alcaparras, vino y manteca salteada) y papas noisette. Un lenguado a la vasca cuesta $ 11, la trucha a la provenzal $ 12, un salmón rosado a la provenzal $ 11, una cazuela de caracoles de tierra $ 16 y un pulpito a la gallega $ 14 (todos los precios son por media porción, tan abundante que alcanza para dos personas)

COSTA ATLANTICA || *Dunas, amplias playas, bosque*

Verano en Villa Gesell

Sin duda, es el balneario preferido de los jóvenes. Sin olvidarse de ellos, Villa Gesell presenta una renovada oferta hotelera y una serie de promociones para alargar la estadía de todo tipo de turistas. Entre el día en la playa y la agitada vida nocturna, diversas actividades: excursiones por las dunas, clases de surf, pesca deportiva y muchas más para divertirse en la arena o en el mar.



Vacaciones frente al mar. El mejor antídoto para el estrés.

Interior del Faro Querandí. Una espiral de 276 escalones.



Montados en un cuatriciclo, diversión al por mayor entre las dunas.

POR JULIAN VARSAVSKY

Aunque sus amplísimas playas y su agitada vida nocturna atraen cada vez más a jóvenes entre 17 y 25 años que veranean solos, Villa Gesell sigue convocando a todo tipo de turistas. Para ello cuenta con una infraestructura hotelera que abarca desde campings muy bien equipados hasta lujosos resorts 4 estrellas, incluyendo cabañas de troncos en medio del bosque en la vecina Mar de las Pampas.

Si bien las playas centrales de la Villa están abarrotadas de gente durante toda la temporada, una caminata de dos kilómetros hacia el norte o el sur garantiza al visitante playas kilométricas totalmente agrestes, con muy pocos turistas a la vista, a las que también se puede llegar en bicicleta, en cuatriciclo, o en alguna excursión cómodamente sentados en un vehículo. En este caso, la preferida por la mayoría de los veraneantes es la que recorre el bosque y las dunas hasta el Faro Querandí.

VAMOS AL FARO El paseo comienza a las 9.30 de la mañana en un camión "unimog" sin techo que permite un contacto directo con la naturaleza. En primer lugar nos internamos en el bosque de pinos que esconde bajo su sombra las casas de madera de las pequeñas localidades de Mar de las Pampas y Mar Azul. Luego salimos directamente a la arena de la playa, y el chofer detiene la marcha para colocar la doble tracción. Estamos listos para internarnos en las dunas de la Reserva Natural Dunícola Faro Querandí, donde revolotea una infinidad de gaviotas. La primera parada es para recoger caracoles sobre la arena, a corta distancia de los ostreros, que se dedican a picotear la arena allí donde se desvanecen las olas. Más tarde nos detenemos para subir a lo alto de un médano de 20 metros y lanzarnos sobre una tabla de sandboard a toda velocidad. Los más osados se tiran de pie y el resto lo hace en forma de "culo-patín", alcanzando vertiginosas velocidades. Finalmente llegamos al Faro Querandí, ubicado 30 kilómetros al sur de Villa Gesell. Construido en 1922, tiene 276 escalones en forma de caracol, y desde lo alto la mirada abarca las 5750 hectáreas de la reserva natural, con sus dunas formando un verdadero desierto con pequeñas lagunas de agua dulce. Quien pretenda darse un baño en el mar deberá cruzar unos médanos y estará en medio de una playa muy amplia casi desierta. La excursión dura 4 horas y cuesta 10 pesos. Pagando un plus de $ 5, es posible quedarse en la playa hasta las 18.30, hora en que vuelve el camión. En este caso conviene llevar comida y bebida, ya que la infraestructura es nula (en el faro sólo se accede a baños limpios).

SURF EN VILLA GESELL Las vacaciones son el momento ideal para nuevas experiencias y muchos son los que se aventuran a subirse a la cresta de una ola en una tabla de surf. Pero la actividad no resulta nada sencilla, y los primeros intentos culminan irremediablemente en una aparatosa caída en el centro mismo de un estruendoso remolino de espumas. Sin embargo, todo se simplifica haciendo un curso de 4 clases que ofrece la escuela de surf Capitán David. En primer lugar hay una clase teórica donde uno se entera que las olas se forman en una lejana tormenta y viajan incontables kilómetros hasta toparse con un banco de arena y romperse. En general hay un instructor por alumno, y cada clase dura una hora. El curso completo cuesta $ 50 e incluye el uso de una tabla californiana y equipos de neoprén. El rango de edad de los alumnos que han hecho el curso va desde un niño de 3 años hasta un adulto de 65 años. Villa Gesell es generosa en olas todos los días del año, así que para lanzarse a este deporte sólo hace falta decisión y ganas disfrutar la emoción de la velocidad subidos a la cresta de una ola.

PESCA Y BUENA COMIDA Villa Gesell dispone de un antiguo Club de Pesca y Caza alrededor del cual gira una intensa actividad de pesca deportiva. En el club se da cita un hospitalario grupo de pescadores apasionados, verdaderos eruditos en el tema. En el cruce del paseo 128 y Costanera está el muelle del club de pescadores (enfrente está el club y su restaurante). La entrada al muelle cuesta $ 2, y está garantizada una buena pesca de corvinas, brótolas, bagres de mar, rayas y burriquetas. Allí se puede alquilar un medio mundo ($ 3) y en las casas de pesca se alquilan equipos de caña. Otra opción es la pesca en la costa, sobre la arena, que permite un mayor contacto con el medio ambiente en las zonas alejadas. Lo ideal es tener una camioneta 4x4 para internarse en las playas agrestes, pero de todas formas una caminata de una hora desde el centro es suficiente para llegar a los lugares más vírgenes, donde se puede pescar en absoluta tranquilidad. Allí el pique es excelente porque a metros de la costa hay unas profundas canaletas por donde circulan numerosos peces. La pesca sobre la costa también se practica de noche, aprovechando los sectores de playa que están perfectamente iluminados con potentes focos de luz (Costanera y Paseo 112).

Para los pescadores más sofisticados está la pesca embarcada. Una salida de 2 horas cuesta $ 35 por persona (incluye caña y carnada) y lo normal es sacar unas 20 corvinas en ese tiempo. Y con un poco de suerte, el pique puede reservar la sorpresa de un tiburón de 90 kilos que ofrecerá una resistencia atroz antes de entregarse.

El Club de Pesca y Caza tiene un restaurante ubicado junto a la sede (frente al muelle), que es uno de los más concurridos de la ciudad. La razón es que la pesca de los integrantes del club llega directamente del mar a la cocina del restaurante. Una de las especialidades de la casa es la corvina, que se sirve con manteca negra (alcaparras, vino y manteca salteada) y papas noisette. Un lenguado a la vasca cuesta $ 11, la trucha a la provenzal $ 12, un salmón rosado a la provenzal $ 11, una cazuela de caracoles de tierra $ 16 y un pulpito a la gallega $ 14 (todos los precios son por media porción, tan abundante que alcanza para dos personas) ●

PROMOCIONES

La Secretaría de Turismo Municipal ha lanzado una serie de promociones para prolongar la estadía del turista con un menor costo. Una de ellas consiste en que una persona que alquile una casa o departamento durante todo el mes de febrero, pueda disponer del mismo hasta el 15 de marzo de manera gratuita. Otra iniciativa consiste en bonificar a los huéspedes de un hotel con dos noches extra, toda vez que se hayan alojado previamente durante 8 días. Además, hay un plan para reintegrar el precio del peaje y descuentos por la utilización de patacones.

DATOS UTILES

Cómo llegar
La empresa de ómnibus Plusmar acaba de agregar en sus servicios a Villa Gesell la modalidad suite-bus, que ofrece asientos reclinables 180 grados, igual que una cama. Además, cada asiento está separado del otro por una cortina, y se ofrece al viajero una almohada, frazada y servicio a bordo. El precio del pasaje en suite-bus es de $ 33 ($ 31 en coche cama y $ 27 en asiento común). Se tardan 5 horas y hay numerosos horarios diferentes por día. Reservas: 4315-3424/3494/6085

Dónde alojarse
Los precios promedio por día de una habitación doble con desayuno son los siguientes:
Hotel 4 estrellas: $ 100 - 3 estrellas: $ 60 - 2 estrellas: $ 50 - 1 estrella: $ 36. Hospedajes: $ 25.
Tequendama Resort es uno de los mejores hoteles de Villa Gesell. Una habitación doble cuesta $ 120 con desayuno. Av. 1 y Paseo 109.
Tel.: 02255-46-2829 Sitio web: www.gesell/com.ar/tequendama
Hotel de la Plaza es una buena opción 3 estrellas, a metros de la playa. La habitación doble cuesta $ 50 y la triple $ 70 (con desayuno). En elsector apart-hotel –que dispone de piscina–, la habitación para 4 personas cuesta $ 100 por día (con desayuno).
Tel.: 02255-468793 Sitio web: www.geocities.com/hoteldelaplaza
El Camping California, adherido al ACA, dispone de cancha de paddle (sin cargo), volley y fútbol 5. Calle 304 y Circunvalación.
Tel.: 02255-45-8346 Sitio web: www.campingcalifornia.com.ar
En Mar de las Pampas, BleuRouge ofrece cabañas de alquiler y hotel en medio del bosque.
Tel.: 02255-47-9699
E-mail: bleurouge@gesell.com.ar

Actividades
Turismo y Aventura Excursiones organiza la visita al Faro Querandí por $ 10 ($ 5 los menores). Parten a las 9.30 y a las 15.30 todos los días desde Avda. 3 y paseo 111 (Plaza Carlos Gesell). Tel.: 46-3118
Alquilar un cuatriciclo cuesta desde $ 15 por hora (una bicicleta $ 3 por hora). Escuela de surf Capitán David (104 y Playa) Tel.: 02255-460430

Dónde informarse
Casa de Villa Gesell en Buenos Aires. B. Mitre 1702
Tel.: 4374-5098/5099/5199. Secretaría de Turismo de Villa Gesell: Camino de los Pioneros y Av. Buenos Aires. Sitio web: www.gesell.com.ar

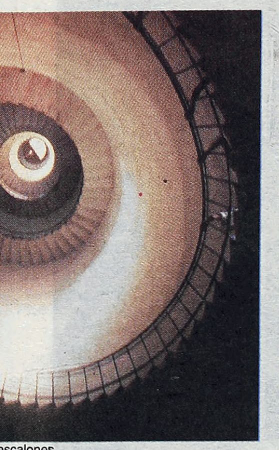
Dónde comer
El restaurante La Delfina es uno de los más afamados de la ciudad, y la prueba es que en horas pico los clientes hacen cola para comer. Como entrada un plato recomendable es la mozzarella a la milanesa ($ 4,50). La carne a la parrilla es una de las especialidades del restaurante ($ 16 una parrilla para dos). El salmón al limón cuesta $ 6 y los ravioles a la crema $ 4. Dirección: Paseo 104 y Av. 2.





Jóvenes y más jóvenes sobre las arenas y las hamacas de Villa Gesell.

ferido de los jóvenes.
Gesell presenta una
na serie de promociones
lo tipo de turistas.
gitada vida nocturna,
iones por las dunas,
va y muchas más para
mar.


escalones.


Montados en un cuatriciclo, diversión al por mayor entre las dunas.

PROMOCIONES

La Secretaría de Turismo Municipal ha lanzado una serie de promociones para prolongar la estadía del turista con un menor costo. Una de ellas consiste en que una persona que alquile una casa o departamento durante todo el mes de febrero, pueda disponer del mismo hasta el 15 de marzo de manera gratuita. Otra iniciativa consiste en bonificar a los huéspedes de un hotel con dos noches extra, toda vez que se hayan alojado previamente durante 8 días. Además, hay un plan para reintegrar el precio del peaje y descuentos por la utilización de patacones.

DATOS UTILES

Cómo llegar
La empresa de ómnibus Plusmar acaba de agregar en sus servicios a Villa Gesell la modalidad suite-bus, que ofrece asientos reclinables 180 grados, igual que una cama. Además, cada asiento está separado del otro por una cortina, y se ofrece al viajero una almohada, frazada y servicio a bordo. El precio del pasaje en suite-bus es de $ 33 ($ 31 en coche cama y $ 27 en asiento común). Se tardan 5 horas y hay numerosos horarios diferentes por día. Reservas: 4315-3424/3494/6085

Dónde alojarse
Los precios promedio por día de una habitación doble con desayuno son los siguientes:
Hotel 4 estrellas: $ 100 - 3 estrellas: $ 60 - 2 estrellas: $ 50 - 1 estrella: $ 36. Hospedajes: $ 25.
Tequendama Resort es uno de los mejores hoteles de Villa Gesell. Una habitación doble cuesta $ 120 con desayuno. Av. 1 y Paseo 109.
Tel.: 02255-46-2829 Sitio web: www.gesell/com.ar/tequendama
Hotel de la Plaza es una buena opción 3 estrellas, a metros de la playa. La habitación doble cuesta $ 50 y la triple $ 70 (con desayuno). En elsector apart-hotel –que dispone de piscina–, la habitación para 4 personas cuesta $ 100 por día (con desayuno).
Tel.: 02255-468793 Sitio web: www.geocities.com/hoteldelaplaza
El Camping California, adherido al ACA, dispone de cancha de paddle (sin cargo), volley y fútbol 5. Calle 304 y Circunvalación.
Tel.: 02255-45-8346 Sitio web: www.campingcalifornia.com.ar
En Mar de las Pampas, BleuRouge ofrece cabañas de alquiler y hotel en medio del bosque.
Tel.: 02255-47-9699
E-mail: bleurouge@gesell.com.ar

Actividades
Turismo y Aventura Excursiones organiza la visita al Faro Querandí por $ 10 ($ 5 los menores). Parten a las 9.30 y a las 15.30 todos los días desde Avda. 3 y paseo 111 (Plaza Carlos Gesell). Tel.: 46-3118
Alquilar un cuatriciclo cuesta desde $ 15 por hora (una bicicleta $ 3 por hora). Escuela de surf Capitán David (104 y Playa) Tel.: 02255-460430

Dónde informarse
Casa de Villa Gesell en Buenos Aires. B. Mitre 1702
Tel.: 4374-5098/5099/5199. Secretaría de Turismo de Villa Gesell: Camino de los Pioneros y Av. Buenos Aires. Sitio web: www.gesell.com.ar

Dónde comer
El restaurante La Delfina es uno de los más afamados de la ciudad, y la prueba es que en horas pico los clientes hacen cola para comer. Como entrada un plato recomendable es la mozzarella a la milanesa ($ 4,50). La carne a la parrilla es una de las especialidades del restaurante ($ 16 una parrilla para dos). El salmón al limón cuesta $ 6 y los ravioles a la crema $ 4. Dirección: Paseo 104 y Av. 2.


Jóvenes y más jóvenes sobre las arenas y las hamacas de Villa Gesell.

TEXTO Y FOTOS: FLORENCIA PODESTÁ

GUATEMALA *Volcanes y pueblos de Atitlán*

El lago perfecto

Un viaje al mundo maya del lago de Atitlán. Pueblos que rodean un lago azul de aguas levemente tibias; alrededor, las sierras cubiertas de selva y los conos perfectos de tres volcanes que asoman sus cumbres negras por encima de las nubes, como en un grabado nipón. La emoción de caminar, contemplar y compartir un lugar mágico.


El atardecer tiñe de color azafrán el cielo y el agua del lago de Atitlán.

El colectivo que va al lago Atitlán, un schoolbus como esos amarillos que aparecen en las series norteamericanas, espera en la parada mientras se va llenando hasta el tope de gentes y productos para el mercado; nuestro equipaje, si es mucho, irá sobre el techo custodiado por "el ayudante" (el segundo del chofer), quien también viajará en el techo.

Tres o cuatro vendedoras, vestidas con los colores y dibujos característicos de sus pueblos, aprovechan el coche detenido y se hacen lugar como pueden entre la gente. "Dulcitos de coco, dulcitos de mamey... ¿no va a querer?", canturrean con una dulzura única las señoras mayas. Uno casi les compraría todo por ese tono de invitar, más que de vender. Se pasean entre los asientos atestados, con el canasto sobre la cabeza, deslizándose con gracia y sin esfuerzo como si fueran de aire. El motor se pone en marcha. La radio Galaxia, favorita del chofer, nos empapa a contrapelo con marimba, con cumbias y rancheras trágicas, a volúmenes siderales ("ya no puedo vivir con el cáncer de tu amor").

Una experiencia clave en Guatemala: viajar en los cientos de schoolbuses que usan los locales y que llegan a los lugares más remotos. Nadie, y menos el viajero argentino, se asombrará de que en los colectivos la gente viaje de pie. Si bien –claro– una ley lo prohíbe, siempre se cuenta con la complicidad de conductor y pasajeros. Por eso, al llegar a un cruce de rutas en donde acecha un auto de la policía, el conductor dará la voz de "Agáchenleee, agáchenleee..!", y todos los que van en el pasillo (incluido el viajero) obedecerán sin chistar, con algunas sonrisas de circunstancia. Como es habitual en América latina, la diferencia entre lo que realmente es y lo que la ley dice que debe ser deviene de la experiencia cotidiana y de un saber necesario para sobrevivir.

DESDE "GRINGOTENENGO"

Seis de la mañana. El schoolbus desciende de las alturas del altiplano guatemalteco hacia la orilla del lago Atitlán, a 2000 metros de altura. El viajero semidormido se confunde, ya no sabe qué siente: si un cosquilleo adrenalínico por la velocidad con que el colectivito toma las curvas, o el asombro ante el paisaje: un lago azul sumido en la niebla rosada y rastrera del amanecer; alrededor, las sierras cubiertas de selva y los conos perfectos de tres volcanes (o cuatro, según la visibilidad), que asoman sus cumbres negras por encima de las nubes, como en un grabado nipón.

La puerta de entrada a Atitlán es Panajachel. Este pueblo fue en los años '60 y '70 una meca para los viajeros hippies, pero hoy de aquello sólo sobrevive el aspecto más mercantil: una larga calle principal repleta de puestitos de artesanía indígena y neohippie. "Gringotenengo" es el apodo que le dan los locales; significa en maya "lugar del gringo", cosa que se ve a los cinco minutos de estar allí. Junto al puesto de tacos de cerdo brilla el letrero del CyberCafé.

De Panajachel salen lanchas hacia otros pueblos sobre el lago, que debido a su situación más aislada conservan todavía cierta virginidad de costumbres y tradiciones o, al menos, mantienen el carácter adquirido tras la primera pérdida, hace unos siglos a manos de los conquistadores españoles. La lancha se carga con hombres y mujeres indígenas que llevan sobre la cabeza enormes canastos con alimentos, o con telas multicolores que compraron o que no pudieron vender en los mercados de Sololáy de Chichicastenango. Hablan entre ellos en tzotzil y kaqchikel, dos de los veinticuatro dialectos del maya que, dicen algunos, suenan parecido al hebreo. En el Altiplano el español sólo se habla como lengua franca.

UN ENIGMA PARA DIÓGENES

A bordo de la lancha viaja Diógenes, un agricultor que nunca en su vida ha salido de los contornos del lago (por alguna extraña razón entre los indígenas son comunes los nombres griegos). Diógenes no comprende por qué viajan tanto los extranjeros. Como los niños, quiere saber por qué, la pregunta fatal. El simple motivo de por conocer nomás le resulta inconcebible, insuficiente para justificarsemejante traslado. Cada vez que puede inquieta a los "gringos" preguntándoles "¿Cuánto tiempo viaja usted? ¿Y para qué? ¿Y deja a su familia, su trabajo, su casa, por conocer nomás?" Las respuestas que recibe no le resuelven el enigma. Y los preguntados comienzan a preguntarse ciertas cosas por primera vez.

La lancha llega a San Pedro Atitlán, un pueblo pequeño sobre el lago, entre los cafetales y bajo la sombra del volcán San Pedro (3000 m). A sus pies, el agua del lago es azul y límpida, no muy fría. Quien pase una tarde en la playa tendrá compañía de los habitantes de San Pedro, que también acuden a jugar y refrescar cuerpo y mente bajo el sol montañés. Las mujeres van al agua con sus pesadas blusas bordadas (huipil) y sus polleras negras (enredo); algunas, las osadas, se quitan la blusa y se quedan en enagua, pero no más; el maya es un pueblo pudoroso.

Sin embargo, los criterios del pudor son relativos y no necesariamente coherentes. Más allá de la playa hay una saliente de grandes piedras grises que se interna en el agua. Un grupo de mujeres está usando esta caleta natural para lavarse, apoyando sobre las rocas su jabón, toalla y una muda de ropa (la ducha es una rareza que adoptaron en el pueblo sólo para los visitantes). Hablan en voz alta, hacen bromas y se ríen con desparpajo, y además –niñas, jóvenes, viejas– están casi desnudas. También aprove-


Playas de pequeñas piedras suavizadas por el agua traslúcida del lago.

DATOS UTILES

Cuándo viajar: La mejor época para ir a Atitlán es la estación seca, que va de octubre a abril. A la noche puede hacer bastante frío.
Cómo llegar: A Panajachel se puede llegar desde Guatemala capital o desde la Antigua Guatemala en avión y en vehículos charter. El pasaje cuesta unos 30 U$S por persona y se contratan en cualquier agencia. La manera más interesante, sin embargo, es viajar en los colectivos que usan los locales: los famosos schoolbuses.
Dónde alojarse: En Panajachel está todo el espectro: pensiones desde 6 U$S por persona hasta hoteles de 20 o 30 U$S. En otros pueblos del lago la oferta es la siguiente: En San Pedro hay muchos hoteles y pensiones, en general más baratos. Por ejemplo, en el diminuto Hotel San Francisco (tres pisos, cinco habitaciones) se cobra 4 U$S por persona por una habitación en el último piso, con vista al lago, balcón con hamaca y baño privado.
En Santa Cruz, hay tres o cuatro hosterías junto al lago, que consisten en cabañas muy agradables, más o menos rústicas, de tamaños y precios diversos, que van desde los 5 a los 10 U$S por día. Como no hay luz eléctrica, por la noche cada huésped se lleva su farol de aceite a la habitación.


Una franja de niebla esfuma la orilla custodiada por los tres volcanes.

chan las piedras para lavar la ropa, esa ropa tan pesada, gruesa y trabajada, y a veces, tan antigua. Golpean y golpean la tela empapada contra la piedra. Es una labor de horas y paciencia; no más liviana que la de los hombres en los cafetales.

SOBRE EL VOLCÁN Los alrededores de San Pedro son tierras ideales para explorar. La excursión más interesante es el ascenso al volcán San Pedro, de 3000 m.

"Mañana los busco a las cuatro y media por la mañana." El guía Tomás, un niño de once años que habla poco español o que sencillamente habla poco, da a entender a los viajeros que conviene comenzar a subir antes del alba para llegar arriba al mediodía, que es cuando el aire está más diáfano y no sopla el viento en la cumbre. Pero no dice nada del amanecer desde las alturas; luego de dos horas de caminar cuesta arriba en una semioscuridad sin ruidos, a través de las plantaciones de café, el sol ilumina de golpe el lago; la luz dorada que parece entrar por una rendija enciende las montañas, y la noche desaparece bajo los pájaros que despiertan. Poco después el sendero entra en una selva nubosa, insospechada, con árboles centenarios, lianas y helechos gigantescos. Tomás, quien seguramente sube al volcán una vez por día, corretea arriba y abajo y se balancea colgado de las lianas; los guiados admiran y envidian un poco. Finalmente, la selva y los caminantes entran en una nube, y ya no se ve mucho más allá de tres metros. La vegetación se torna menos exuberante, similar a la tundra, y hay un viento helado. "Ya llegamos", dice Tomás despreocupado y se sienta en una piedra a comer sus tortillas; si hoy se nubló, mala suerte, él no se pierde de nada. Los viajeros, un poco decepcionados, se sientan a comer algo sobre una saliente rocosa que tiene aspecto de mirador, aunque lo único que se ve por delante y abajo es una nada blanca moviéndose a gran velocidad. Pero mientras hay viento hay esperanza. Sorpresivamente, un manchón azul, verde, dorado; fue muy rápido pero dejó entrever la maravilla; los viajeros se congregan en la piedra y poco a poco el viento desgarra la nube, que ya no es una sino muchas nubes, se deshilachan, se disgregan y finalmente se esfuman: el lago entero de un azul zafiro se muestra bajo el sol, rodeado por las montañas cubiertas de vegetación; muy cerca, casi a mano, los picos de los otros volcanes del lago, el Tolimán (3133 m) y el Atitlán (3500 m); más allá, detrás de las nubes, volcanes de nombres desconocidos


Frutos de toda índole en los mercados guatemaltecos.

POR MARTA DILLON

CAMPING *Turismo en tiempos de default*

A la intemperie

Dicen que la necesidad obliga. Y en esta época difícil, surge el ingenio para que el verano no se extinga en el asfalto de Buenos Aires. Con muy pocos pesos, vacaciones en carpa a orillas del mar. El placer de redescubrir el valor de las pequeñas cosas y gozar de la libertad bajo el cielo protector.



Un médano que fijan un puñado de pinos y un monte de acacias que lame el mar; el camping suelta su rumor orgánico en la noche de luna llena y una luz blanca tiza dibuja laberintos sobre la grava de antiguas hojas secas. ¿No parecen ballenas esas carpas redondas que se levantan del piso, iglús extendidos que se acomodan al terreno como amantes sobre las sábanas? Y esas puertas cerradas con cremallera, ¿no son bocas abiertas por el esfuerzo constante de la tela mosquitera? ¿Cuántos insectos tragarían sin esa mediación? También se me ocurre que las tanzas y las estacas podrán haber sido amarradas por hormigas a la espera de que se apague el último fogón para transportar sus gigantes como en las viejas ilustraciones de Gulliver, arrastrado por los enanos. Sentada ante una pequeña mesa de fórmica, esas que cuando se cierran guardan los cuatro banquitos plegables como único expediente del portafolio en que se convierte, la misma a la que me sentaba mi abuelo, hace treinta años, cuando me hacía pelar las papas hervidas con cáscara que llevábamos de picnic a los bosques de Ezeiza, me pregunto si de esto se tratará la famosa oportunidad que ofrece la crisis. Antes de animarme a la aventura, antes de pedir prestada la carpa –la mía la presté hace tanto tiempo que le perdí el rastro–, de recuperar la vieja mesa, suponía que las vacaciones se extinguirían como un suspiro o se quemarían sobre el asfalto de Buenos Aires mientras me lamentaba por la falta de dinero. Pero aquí estoy, a la intemperie, viendo apagarse las estrellas que la luna encandila, escuchando el suicidio de los escarabajos que se lanzan como kamikazes sobre el farol del gas. No fue una decisión tomada de un día para el otro. Hubo pequeños ensayos de miniturismo, una escapada de 12 horas para ver el atardecer desde las barrancas de San Pedro. Otra a la Laguna de Chascomús, invitada a un club de pesca por unos amigos; y allí en esa orilla desdibujada por las inundaciones, los vecindarios de tela impermeable y el reencuentro con ese ingenio cotidiano que vuelve indispensables los objetos más triviales en la vida al aire libre. "¿Y no podríamos irnos en carpa a algún lado?", me preguntó mi hija, oliendo los asaditos hechos en parrillas plegables al costado de la laguna. ¿Podríamos? ¿Podríamos prescindir de la casa alquilada, el baño privado, la luz eléctrica? Mirarse en el espejo de la crisis obliga a dejar caer los afeites, y sin maquillaje las vacaciones se veían bellas apelando a lo más básico: un lugar donde sacarse los zapatos y dejarse masajear por la arena. Lo demás, ya lo veríamos.

Contábamos, entonces, con 150 pesos propios y 150 más que aportó una amiga para emprender el viaje. Cargamos en el auto las bolsas de dormir, la carpa, la mesa, la heladera –también prestada, es cuestión de turnarse para salir a la aventura–, todo lo que quedaba en la alacena –fideos, arroz, dos latas de salsa, calditos, azúcar, yerba, una bolsita con restos de condimentos–, los platos de madera, cartas y dados. A medida que se llenaba el baúl se nos ocurrían más cosas necesarias: un mantel para simular elegancia, una olla y una sartén, broches de ropa que se colaron en una toalla descolgada a último momento, dos viejos acolchados y hasta un par de sábanas por si extrañábamos el olor de nuestro jabón en polvo, que también cargamos por las dudas. Mi amiga nos siguió, a mi hija y a mí, con algunas protestas. "Si es por el fin de semana tal vez encontremos algún hotelito barato", decía, pero nosotras éramos ambiciosas. Tenía que alcanzarnos para una semana y un "hotelito" no se parecía en nada a nuestra ansia de horizonte y de fuegos encendidos con piñas para hervir la sopa de municiones, la favorita de mi hija. Eso que no se encuentra en ningún hotel.

Pasamos por cinco campings hasta dar con el nuestro, Mar Dorado, a dos kilómetros de Villa Gesell y otros dos de Mar de las Pampas. Paradójicamente, de acuerdo con las supuestas necesidades a las que estábamos acostumbradas, fue el menos equipado el que más nos gustó. La comodidad se paga con parcelas diseñadas como apretados condominios con su pileta de lavar platos y sus parrillas tan urbanizadas y juntas que preferimos la mayor informalidad a cuatro pesos por persona y cuatro por el auto, con baños dignos, pero estrictamente despojados y la libertad de acomodar carpa y fogón donde nos diera la gana, la sombra y la distancia al baño. Enseguida reconstruimos en ese espacio irregular, entre los pinos, la ilusión de nuestra casa. El mantel sobre la mesa, los cacharros al lado del fogón armado con medio tanque y media parrilla para tener lugar donde acomodar las brasas. En una acacia, ese arbusto de ramas fuertes y retorcidas, organizamos una especie de toilette, colgando las cremas, los jabones, los cepillos de dientes y hasta el espejo con su pinza de depilar atada de una piola (tres mujeres no pueden prescindir de ese adminículo en vacaciones). En otra se armó enseguida una especie de placard con unas pocas prendas que resistirían mientras la lluvia –o su ausencia– nos lo permitiera. Y en el centro la carpa, que se desinfló más de una vez a causa de nuestra impericia y la incapacidad de la arena para retener las estacas. Supe entonces, como aprendí tantas veces, del valor de las pequeñas cosas. De todo lo que tenía para ofrecer un simple broche para colgar ropa: sellar las bolsas de alimentos, crear cambiadores entre los árboles usando esas sábanas cargadas de casualidad, retener el mantel cuando sopla el viento. ¿Y esas botellas de agua mineral que se acumulan en los tachos de basura? Improvisadas linternas que reparaban la luz de las velas –sólo hay que abrirles una ventana, pegar el sebo sobre la base, y cargar un poco de tierra o arena para que queden firmes–, cubierteros a la hora de lavar los platos –cortadas a la mitad–, recipiente ideal para la esponja y el detergente o para los caracoles que juntamos y devolvimos al mar. La tapa de la olla sirvió de bandeja, el asiento de atrás del auto de sillón de una sala al aire libre, el auto mismo de vestidor el día en que una tormenta eléctrica nos amenazó con sus rayos violetas y pasó de largo –fue al atardecer y el prisma de luz natural prestó su escala a los ríos eléctricos que cortaron el cielo–. Mágicamente, los pocos objetos que llevábamos se transformaban para nosotras. Los pequeños troncos que hicimos rodar de un lugar a otro fueron banquitos o mesas ratonas para los desafíos de dados; las piedras encontradas en la orilla, pesas para sujetar las cartas; los caracoles, tantos en el truco. Nada extraordinario, nada más que lo que sucede a diario cuando la necesidad obliga a encontrar nuevos recursos.

El dinero nos duró seis días completos, con almuerzos bien regados de cerveza helada en el bar de la playa –dos pesos el litro en un balcón frente al mar– y meriendas con panqueques con dulce de leche en la punta de un médano desde donde vimos la puesta de sol y la salida de la luna en el mar con sólo girar la cabeza. Al fin de esa semana sabíamos cómo salir y entrar de la carpa sin llenarla de arena, como orientar las bolsas de dormir para que con sólo abrir un ojo supiéramos si el sol era una buena excusa para abandonar el sueño, cómo encender el fuego y mantenerlo para hacer un buen arroz con verduras y cuáles eran las mejores ramas para convertir en brasa a la hora del asado. Aprendimos a conversar mientras nos bañábamos pared de por medio, pasándonos el shampoo y la crema de enjuague por encima de esa especie de medianera. Y supimos también que el placer necesita de pocas cosas, que la libertad, aunque fugaz, podría parecerse a una carpa. Y que, a pesar de la crisis, el cielo abierto está ahí, para cobijarnos. Puede ser que después de este último fin de año, de la devaluación, los cinco presidentes, los cacerolazos y el default ya no seamos los mismos. Pero, seguramente, podemos ser mejores